ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA CONSTRUCCIÓN DE UN COSMOS

En nuestro presente estado de evolución no podemos sino indicar sumariamente algunos puntos en la formación de este grandioso organismo cósmico, en el que nuestro globo desempeña su insignificante papel. Por «un cosmos» entendemos nosotros un sistema que, según nuestro punto de vista, parece formar un todo completo, procedente de un Logos único y mantenido por su vida. Tal es nuestro sistema solar, y así el sol físico puede considerarse como la manifestación más inferior del Logos obrando en el centro de su cosmos. En realidad, cada forma es una de sus manifestaciones concretas; pero el sol es su manifestación más inferior como poder central, fuente de vida y de fuerza que penetra, dirige, regula y coordina todas las cosas en su sistema.

Un comentario oculto dice: «Surya (el sol)....., en su reflexión visible, exhibe el primero ó el estado más inferior del séptimo, el estado más elevado de la PRESENCIA universal, el puro de lo puro, el primer Hálito manifestado del Siempre Inmanifestado Sat (Seidad). Todos los soles centrales físicos ú objetivos son, en su substancia, el estado más inferior del primer principio del Hálito» (1).

(1) *La Doctrina Secreta*, I, pág. 268, edic. castellana.

Más claro: cada sol es el aspecto inferior del «cuerpo físico» del Logos correspondiente.

Todas las fuerzas y las energías físicas no son sino transformaciones de la vida emitida por el sol. Señor y fuente de toda vida en el sistema. A consecuencia de eso, en la gran religión antigua el sol era el símbolo del Dios Supremo, símbolo que, en verdad, estaba menos expuesto á las falsas interpretaciones del ignorante.

Mr. Sinnett dice con justicia:

«El sistema solar es indudablemente un área en la Naturaleza, cuyo contenido nadie, excepto los más elevados séres á quienes nuestra humanidad puede concebir, se halla en situación de poder investigar. Teóricamente podemos sentirnos seguros—como lo vemos en el cielo durante la noche—de que el mismo sistema solar no es más que una simple gota de agua en el océano del gran Kosmos, pero que esa gota es á su vez un océano desde el punto de vista de la conciencia de séres tan poco desarrollados como nosotros, y, por lo tanto, sólo podemos esperar al presente adquirir nociones vagas é imperfectas acerca de su origen y constitución. Sin embargo, por imperfectas que sean nos permiten señalar el orden de las series planetarias á las que nuestra evolución pertenece, el lugar especial en el sistema del cual forma parte, y, sobre todo, nos dan una amplia idea de la relativa magnitud de todo el sistema, de nuestra cadena planetaria, del mundo en que al presente nos hallamos evolucionando y de los respectivos períodos de evolución en los cuales como séres humanos estamos interesados» (1).

Porque, en verdad, no podremos concebir intelectualmente nuestra propia posición sin tener alguna idea, por vaga que pueda ser, de nuestra relación con el conjunto. Mientras algunos estudiantes se contentan con trabajar en la esfera del deber que les es propio, y dejan á un lado los horizontes más amplios para el día en que sean llamados á trabajar en ellos, otros necesitan darse cuenta de que ocupan un puesto en un sistema más vasto, y experimentan un placer intelectual en elevarse muy alto para obtener una vista general de todo el campo de la evolución. Semejante necesidad ha sido reconocida por los

(1) A. P. Sinnett. *El sistema al cual pertenecemos*, págs. 6 y 7, trad. castellana de D. José Granés. Biblioteca Orientalista. Barcelona, 1905.

guardianes espirituales de la humanidad, y ellos procuran guiarla. Desde el punto de vista ocultista, su discípulo y mensajero H. P. Blavatsky ha dado un magnífico esbozo del cosmos en *La Doctrina Secreta,* en cuya obra, los estudiantes de la sabiduría antigua descubrirán una enseñanza cada vez más luminosa á medida que por sí mismos exploren las regiones inferiores de nuestro mundo en evolución y que le dominen.

Se nos ha dicho que la aparición del Logos es el anuncio del nacimiento de nuestro cosmos.

«Cuando aparece, todo aparece después de Él; por su manifestación, todo se manifiesta» (1).

Lleva consigo los resultados de un cosmos pasado; las inteligencias más espirituales, que serán sus ayudas y sus agentes para la construcción del presente universo. Las más elevadas entre ellas son «Los Siete», á las que da también con frecuencia el nombre de Logos, porque cada una tiene su lugar en el centro de una región distinta del cosmos, como el Logos es el centro del conjunto. El comentario oculto que ya hemos citado antes dice:

«Los Siete Séres en el Sol son los Siete Santos nacidos de sí mismos, del poder inherente á la Matriz de la Substancia Madre. Ellos son quienes envían las siete Fuerzas principales, llamadas Rayos, que al principio del Pralaya se encontrarán en siete nuevos Soles para el próximo manvántara. La energía de la cual brotarán á la existencia consciente en cada Sol es á lo que algunos llaman Vishnu, ó sea el Aliento de lo Absoluto. Nosotros la llamamos la Vía única manifestada. Es un reflejo de lo Absoluto» (2).

Esta Vía única manifestada es el Logos, el Dios manifestado.

De esta división primordial nuestro cosmos toma un carácter septenario, y todas las divisiones siguientes, en su orden descendente, reproducen esa gama de siete claves. Bajo cada uno de los siete Logos secundarios se agrupa una séptuple jerarquía descendente de inteligencias que forman el cuerpo gobernante de su reino. Se coloca entre ellas á los Lipika, que llevan los anales del Karma de ese reino y de todas las entidades que contiene—los Maharajas ó Devarajas que dirigen el

(1) *Mundakopanishad*, II, 11, 10.
(2) *La Doctrina Secreta*, I, pág. 269, edit. castellana.

cumplimiento de la ley Kármica—y el gran ejército de los constructores que modelan y ejecutan todas las formas, según las ideas contenidas en el tesoro del Logos, en la Inteligencia Universal. Semejantes ideas se transmiten de Él á los Siete, y cada uno de éstos traza el plan de su propio reino, bajo esa dirección suprema y con el auxilio de las fuerzas de esa Vía omni-inspiradora, dándole al propio tiempo su propia coloración individual.

H. P. Blavatsky llama á esos Siete Reinos que constituyen el sistema solar, los siete centros de Laya. Y dice así:

«Los Siete Centros Laya son los siete puntos cero, empleando la palabra cero en el mismo sentido que los químicos. En el esotericismo indica un punto en el cual comienza á contarse la escala de diferenciación. Desde estos Centros—más allá de los cuales nos permite la Filosofía esotérica percibir los vagos contornos metafísicos de los «Siete Hijos» de Vida y de Luz, los Siete Logos de los filósofos herméticos y de todos los demás filósofos—comienza la diferenciación de los elementos que entran en la constitución de nuestro sistema solar» (1).

Cada uno de esos siete reinos planetarios forman un prodigioso sistema de evolución, teatro grandioso en el que se desarrollan los estados de una vida, en el que un planeta físico, tal como Venus, no es sino una encarnación pasajera. A fin de evitar la confusión, llamaremos Logos planetario al sér que gobierna y hace evolucionar á cada reino. La materia del sistema solar, producida por la actividad del Logos central, suministra al mismo Logos planetario los materiales brutos que necesita y que elabora por medio de sus propias energías vitales. Además, cada Logos planetario especializa para su reino la materia de un fondo común. El estado atómico en cada uno de los siete planos de su reino, siendo idéntico á la materia de un subplano del sistema entero, establece la continuidad á través del conjunto. Así H. P. Blavatsky observa que los átomos cambian «sus equivalentes de combinación en cada planeta», quedando idénticos los átomos, pero formando combinaciones diferentes. Y en seguida dice:

«Así, no solamente los elementos de nuestro planeta, sino hasta los de todos sus hermanos en el sistema solar, difieren tan-

---

(1) *La Doctrina Secreta;* I, pág. 141, edic. castellana.

to unos de otros en sus combinaciones como de los elementos cósmicos de más allá de nuestros límites solares... Se nos enseña que cada átomo posee siete planos de sér ó de existencia» (1).

Los subplanos, como hemos llamado antes á cada uno de esos grandes planos.

Sobre los tres planos inferiores de su reino de evolución, el Logos planetario crea siete globos ó mundos. Para mayor comodidad, y según la nomenclatura aceptada, los llamaremos los globos A, B, C, D, E, F y G. Son las «Siete Pequeñas Ruedas girando; unas dando nacimiento á las otras», de que se ha hablado en la VI estancia del *Libro de Dzyan*.

«Él los construye á semejanza de Ruedas más antiguas, colocándolas en los Centros Imperecederos.»

Imperecederos porque cada rueda, no sólo da nacimiento á la siguiente, sino que, aunque no lo veamos, se reencarna en el mismo centro.

Se puede representar esos globos dispuestos en tres pares sobre un arco de elipse; el globo de en medio en la cumbre del inferior.

En general, los globos A y G, el primero y el séptimo, sobre los niveles arûpa del plano mental; los globos B y F, el segundo y el sexto, sobre los niveles rûpa; los globos C y E, el tercero y el quinto, sobre el plano astral, y el globo D, el cuarto, sobre el plano físico. H. P. Blavatsky dice de esos globos «que constituyen una gradación sobre los cuatro planos inferiores del mundo de la formación», es decir, sobre los planos físico y astral, y las dos subdivisiones rûpa y arûpa del plano mental.

Esto puede representarse por el esquema siguiente (1):

Arûpa.	A		G	Arquetipo.
Rûpa.	B		F	Creador.
Astral.	C		E	Formador.
Físico.		D		Físico.

(1) *La Doctrina Secreta*, I, págs. 144 y 150, edic. castellana.

Tal es el orden tipo; pero se modifica en ciertos períodos de la evolución. Estos siete globos forman un anillo ó una cadena planetaria. Esta cadena planetaria—que podemos considerar como un todo, como una entidad en cierto modo, como una individualidad planetaria ó una vida—pasa en su evolución por siete períodos distintos. Los siete globos *juntos* forman un cuerpo planetario, cuerpo que se desagrega y se reúne siete veces en el curso de la vida planetaria. Esta cadena planetaria tiene, pues, siete encarnaciones, y los resultados de cada una se refieren á la siguiente:

«Cada una de esas cadenas de mundos es el hijo creado por otra cadena inferior y muerte, su reencarnación, por decirlo así.»

Esas siete encarnaciones (manvántaras) constituyen la evolución planetaria, el campo de acción de un Logos planetario. Como hay siete Logos planetarios, uno ve que siete de esas evoluciones planetarias, distintas las unas de las otras, constituyen el sistema solar. Esa aparición de los siete Logos fuera del Único, y para cada uno de ellos, de las siete cadenas sucesivas de siete globos cada una, está indicada como sigue en un comentario oculto:

«De una luz, siete luces; de cada una de las siete, siete veces siete» (2).

Se enseña que las encarnaciones de una misma cadena, ó manvántaras, se subdividen también en siete períodos. Una oleada de vida procedente del Logos planetario recorre la cadena por completo, y siete de esas grandes oleadas de vida sucesivas—siete *rondas*, como se las llama técnicamente—constituyen un sólo manvántara. Así, durante un manvántara, cada globo tiene siete períodos de actividad, en los que cada uno de ellos, á su vez, cumple su evolución.

Si consideramos ahora un globo solo, veremos que durante cada período de actividad, siete razas-raíces de una humanidad evolucionan sobre él, al mismo tiempo que seis reinos no humanos, en mutua dependencia los unos de los otros. Esos siete reinos comprenden las formas en todos los grados de la evolución, y la perspectiva de un desenvolvimiento superior

(1) *La Doctrina Secreta*, I, pág. 191. Este dibujo difiere un poco, por su forma, del que da H. P. B. (N. del T.)

(2) *La Doctrina Secreta*, I.

extiéndese ante todos ellos. Así, cuando el período de actividad de un globo se considera llega á su fin, las formas evolutivas pasan al globo siguiente para continuar su desarrollo. Van, pues, de globo en globo hasta que la *ronda* ha terminado, y siguen su curso de *ronda* en *ronda* hasta el término de su carrera, de *ronda* en *ronda* hasta el fin de las siete ó manvántara. Continúan, empero, ascendiendo de manvántara en manvántara hasta que el fin de las reencarnaciones de la cadena planetaria ocurre, hasta el momento en que los resultados de esa evolución planetaria son definitivamente reunidos por el Logos planetario. Es inútil decir que casi nada de semejante evolución es conocido por nosotros; únicamente los puntos salientes de ese prodigioso conjunto han sido indicados por los instructores.

Tampoco conocemos nada del proceso según el cual evolucionan, durante los dos primeros manvántaras, los siete globos de la cadena planetaria de que nuestro globo forma parte. En cuanto al tercer manvántara sabemos sólo que el globo que ahora es nuestra luna fué entonces el globo D de la cadena. Este hecho puede ayudarnos para darnos cuenta de lo que significan esas reencarnaciones sucesivas de la cadena planetaria. Los siete globos que constituyen la cadena lunar acabaron su séptuple evolución cíclica. Siete veces la oleada de vida, el Soplo del Logos planetario, dió su vuelta á la cadena, despertando, á su vez, cada globo á la vida. Todo ocurre como si el Logos, al guiar su reino, dirigiese su atención primeramente sobre el globo A, haciendo sucesivamente surgir á la existencia á las innúmeras formas cuyo conjunto constituye un mundo, pues cuando la evolución sobre el globo A ha llegado á un cierto punto, fija su atención sobre el globo B, y el globo A cae lentamente en un pacífico sueño. La oleada de vida va así de globo en globo hasta que el cielo de una ronda acaba. Una vez terminada la evolución sobre el globo G sigue un período de reposo *(pralaya)*, durante el que cesa la actividad evolutiva exterior. Al fin de este período la actividad anterior vuelve á manifestarse de nuevo, empezando la segunda ronda y comenzando como la primera vez sobre el globo A. Este proceso se repite seis veces; pero en la séptima ó última ronda sufre una modificación. Habiendo cumplido el globo A su séptimo período de vida se desagrega gradualmente, vuelve al estado del centro

laya imperecedero, del que procede, á la aurora del manvántara siguiente como un nuevo globo A—tal como un cuerpo nuevo—, en el que los «principios» del planeta A anterior vuelven á habitar. Pero esta frase no se escribe sino para dar una idea de una relación entre el globo A del primer manvántara y el globo A del segundo. La naturaleza de esa relación permanece oculta.

Menos conocemos aún la relación que hay entre el globo D del manvántara lunar—nuestra Luna—y el globo D del manvántara terrestre—nuestra Tierra—. Mr. Sinnett ha dado un buen resumen de los escasos datos que poseemos sobre el particular en su conferencia acerca de *El sistema al cual pertenecemos.* Dice así:

«La nueva nebulosa terrestre fué desarrollada alrededor de un centro que poco más ó menos conservaba la misma relación con el moribundo planeta que los centros de la Tierra y y de la Luna conservan actualmente entre sí. Pero esta agregación de materia ocupaba en su condición nebular un volumen inmensamente mayor que el que ahora ocupa la materia sólida de la Tierra. Se extendía en todas direcciones lo suficiente para abarcar dentro de su ígneo perímetro al viejo planeta. La temperatura de una nueva nebulosa parece ser mucho más elevada que cualquiera de las que nos son conocidas, y debido á esta circunstancia el viejo planeta recibió nuevamente de un modo superficial un grado de calor de una naturaleza tal, que toda la atmósfera, agua y materia volátil que contenía, fué convertida en gases, y de esta suerte fué supeditado á la influencia de la atracción del nuevo centro establecido en el punto central de la nueva nebulosa. De este modo la atmósfera y mares del viejo planeta pasaron á formar parte de la constitución del nuevo, por cuya razón la Luna es al presente una masa árida y brillante, estéril y sin nubes, inhabitable para toda clase de séres físicos. Cuando el presente manvántara toque á su término, durante la séptima ronda, su desintegración será completa, y la materia que en ella se conserva todavía unida se convertirá en polvo meteórico, que será empleado, junto con el océano de esa clase de materias, para la formación en lo futuro de nuevas nebulosas planetarias» (1).

(1) A. P. Sinnett. *Obra citada,* traducción española de J. Granés, páginas 28 y 29.

En el tercer volumen de *La Doctrina Secreta*, donde se han reunido algunas enseñanzas orales que H. P. Blavatsky dió á algunos de sus más adelantados discípulos, se dice que

«En el comienzo de la evolución de nuestro globo, la Luna estaba más cerca de la tierra y era mayor que ahora. Se ha alejado de nosotros y sus dimensiones se han reducido bastante. (La Luna ha dado todos sus principios á la Tierra.....) Durante la séptima ronda aparecerá una nueva Luna, y nuestra Luna se disgregará acabando por desaparecer» (1).

La evolución durante el manvántara lunar produjo siete clases de séres, llamados en términos técnicos Antepasados ó Pitris, porque ellos fueron los que engendraron los séres del manvántara terrestre. Se les menciona en *La Doctrina Secreta* bajo el nombre de Pitris Lunares. Más avanzados que éstos se encuentran además—bajo los diversos nombres de Pitris Solares, hombres, Dhyans inferiores—otras dos categorías de séres, muy avanzados para participar en el manvántara terrestre en sus primitivos períodos, pues necesitaban para su desarrollo futuro del auxilio de condiciones físicas ulteriores. La más elevada de esas dos categorías está compuesta de séres individualizados, exteriormente parecidos á los animales, siendo criaturas poseedoras de un alma embrionaria, es decir, que han alcanzado el desarrollo del cuerpo causal. La segunda categoría está próxima á la formación de ese cuerpo. En cuanto á los Pitris Lunares, su primer clase no se halla sino al comienzo del período preparatorio para la formación del cuerpo causal; pero manifiesta ya, sin embargo, la mentalidad, mientras en las clases segunda y tercera no se ha desenvuelto más que el principio kármico. Las siete clases de Pitris Lunares son el producto de la cadena planetaria que, en vista de un desarrollo superior, deben transferirse al manvántara terrestre, cuarta reencarnación de la cadena planetaria. Como mónadas—con el principio mental presente en la primera clase, y el principio kármico desenvuelto en la segunda y tercera, germina en la cuarta, preparándose en la quinta, imperceptible finalmente en la sexta y séptima—, como mónadas, esas entidades entran en la cadena terrestre para dar un alma á la esen-

(1) *La Doctrina Secreta*. III, pág. 562 *.

(*) Edición inglesa. Este volumen no se ha traducido aún á ningún idioma del que originariamente fué escrito.—(N. de la R.)

cia elemental y á las formas modeladas por los Constructores (1).

Bajo este nombre de «Constructores» se agrupan las innúmeras Inteligencias jerárquicas, cuyo poder y estado consciente varían á lo infinito, según su grado de desenvolvimiento. Estos son los séres que sobre cada plano realizan la construcción efectiva de las formas. Los más elevados de ellos dirigen y vigilan, mientras los inferiores trabajan los materiales, según los modelos dados. Ahora el papel de los globos sucesivos de la cadena planetaria se hace manifiesto. El globo A es el mundo arquetipo, sobre el que se construyen los modelos de las formas que habrán de elaborarse durante la ronda. Los más elevados de los Constructores toman en el Pensamiento del Logos planetario las ideas arquetipos y dirigen el trabajo de los Constructores que elaboran sobre los niveles arûpa las formas arquetipos para la ronda. Sobre el globo B, esas formas se reproducen de diversas maneras en materia mental por los Constructores de rango inferior, y evolucionan lentamente, según los datos diversos, hasta que están prontas á infiltración de materia más densa. Entonces los Constructores en materia astral se ponen á trabajar, y sobre el globo C ejecutan las formas astrales, cuyos detalles de construcción se llevan más lejos. Cuando las formas han evolucionado tanto como las condiciones del mundo astral lo permiten, los Constructores del globo D emprenden el trabajo de modelar las formas sobre el plano físico. Las modalidades más inferiores de la materia se eje-

---

(1) H. P. Blavatsky, en la D. S., no pone á los Pitris de las dos primeras clases en la «jerarquía de las mónadas procedentes de la cadena lunar». Los considera aparte, como «hombres», como «Dhyan-Chohans».

La nomenclatura que yo adopto es la de la D. S. En el notable libro de los señores Sinnett y Scott-Elliot, sobre los *Pitris Lunares* (*), los Dhyans inferiores de H. P. B. que encarnan en la tercera y cuarta ronda se consideran como formando la primera y segunda clase de los Pitris Lunares. Su tercera clase es, pues, la primera de H. P. B.; su cuarta, la segunda, y así sucesivamente. No hay, con todo, diferencia en la exposición de hechos, sino en la denominación. Esta diferente denominación podrá, sin embargo, inducir á error al estudiante no advertido. Como yo empleo la nomenclatura de H. P. B., mis compañeros de estudio de la «London Lodge» y los lectores de las *Transacciones* (Notas) de esa logia deberán recordar que mi clase primera es su tercera y así sucesivamente.

(*) Véase este magnífico estudio publicado en Sophia en 1899 y 1900.—(N. de la R.)

cutan así en tipos apropiados, y las formas alcanzan su condición más densa y más completa.

A partir de este punto medio, la naturaleza de la evolución cambia en cierto modo. Hasta aquí la atención se ha dirigido, sobre todo, hacia la construcción de las formas; pero al ascender en el arco se dirige esencialmente hacia la utilidad de la forma como vehículo de la vida, evolucionando. Durante la segunda mitad de la evolución sobre el globo D, y luego sobre los globos E y F la conciencia se manifiesta, primero, sobre el plano físico y luego sobre los planos astral y mental inferior por medio de los equivalentes de las formas elaboradas en el arco descendente. Sobre el arco descendente obra la mónada en la medida de su fuerza *sobre* las formas evolucionantes, y su influencia se manifiesta de un modo vago bajo la forma de impresiones, de intuiciones, etc. Sobre el arco ascendente, la mónada se manifiesta también *á través* de las formas como su principio director interno. En el globo G la perfección de la ronda es alcanzada, y la mónada habita las formas arquetipos del globo A, sirviéndose de ellas como de vehículos.

Durante esos diversos estados, los Pitris Lunares obran como las almas de las formas, trabajando sobre ellas para habitarlas en seguida. Es á esos Pitris de la primera clase á quien incumbe la más ruda tarea durante las tres primeras rondas. Los Pitris de la segunda y tercera clase no tienen más que introducirse en las formas elaboradas por los anteriores. Estos preparan las formas animándolas durante un tiempo; después pasan ellos á otras y abandonan esas formas para el uso de la segunda y tercera categoría. A la conclusión de la primera ronda, todas las formas arquetipos del mundo universal se han colocado sobre los planos inferiores y no quedará más que elaborarlas á través de las rondas sucesivas, hasta que ellas alcancen su máximum de densidad en la cuarta ronda. El «Fuego» es el «elemento» de la primera ronda.

En la segunda ronda, los Pitris de la primera clase prosiguen su evolución humana. No hacen más que iniciar los estados inferiores, como el feto los inicia hoy todavía. Al fin de esta ronda, los de la segunda clase han alcanzado ya el estado de humanidad rudimentaria.

El gran trabajo de esta ronda consiste en hacer descender las formas arquetipos de la vida vegetal, que alcanzarán su

perfección en la quinta ronda. El «Aire» es el «elemento» de la segunda ronda.

En la tercera ronda, los Pitris de la primera clase adquieren claramente la forma humana. Aunque su cuerpo sea gelatinoso y gigantesco, eso ocurre, sin embargo, sobre el globo D, bastante compacto, para comenzar á mantener la posición vertical; su aspecto es siniestro y están cubiertos de cerdas. Los Pitris de la tercer categoría alcanzan el comienzo del estado humano. En esta ronda, los Pitris solares de la segunda categoría aparecen sobre el globo D y van á la cabeza de la evolución humana. Las formas arquetipos de los animales descienden para ser elaboradas, y alcanzan su perfección al fin de la sexta ronda. «El «Agua» es el «elemento» característico de la tercera ronda».

La cuarta ronda, ronda central, mediana, de las siete que constituyen el manvántara terrestre, es muy claramente humana, como las precedentes, remontándonos, lo fueron respectivamente animal, vegetal y mineral. Está caracterizada por aportar al globo A las formas arquetipos de la humanidad. Todas las posibilidades de la forma humana se manifiestan en los arquetipos de la cuarta ronda; pero su realización completa no se efectuará sino en la séptima. La «Tierra» es el «elemento» de esta cuarta ronda, que es la más densa y material. Puede decirse que los Pitris solares de la primer categoría se ponen, en cierto modo, alrededor del globo D durante sus períodos primitivos de actividad en esa ronda, pero no encarnan definitivamente antes del tercer gran expansionamiento de vida del Logos planetario, que ocurre en medio de la tercera raza. A partir de ese momento se encarnan poco á poco, pero cada vez más, á medida que progresa la raza; la generalidad llega al comienzo de la cuarta raza.

La evolución de la humanidad sobre el globo D, nuestra tierra, ofrece de una manera muy señalada esta constante diferencia septenaria de que tan frecuentemente hemos hablado. Siete razas de hombres se mostraron ya en la tercera ronda. En la cuarta, esta división fundamental se manifiesta clarísimamente sobre el globo C, en el que siete razas, con sus subrazas, evolucionaban. Sobre el globo D, la humanidad comienza por una Primera Raza—ordinariamente llamada una Raza-Raíz—, que apareció en siete puntos diferentes: «Eran siete,

cada uno en su lote» (1). Esos siete tipos, que aparecen al mismo tiempo y no sucesivamente, constituyeron la primer raza madre, y cada raza madre tiene á su vez siete subdivisiones ó subrazas. De la primera raza madre--, criaturas gelatinosas y amorfas, evolucionó la segunda raza madre, cuyas formas tuvieron una consistencia más definida; de ésta procedió la tercera, formada por criaturas simianas, que luego fueron hombres de formas pesadas y gigantescas. Hacia el promedio de la evolución de esta tercer raza-raíz—llamada la raza lemuriana—vinieron sobre la tierra los Séres pertenecientes á otra cadena planetaria, la de Venus, mucho más avanzada en su evolución.

Estos miembros de una humanidad altamente evolucionada, Séres gloriosos á quienes su aspecto radiante les valió el título de «Hijos del Fuego», constituyen un orden sublime entre los Hijos de Manas (2). Habitaron sobre la tierra como Instructores divinos de la joven humanidad. Algunos de ellos obraron como vehiculos de la tercer efusión de vida y proyectaron en el hombre animal la chispa de vida monádica que dió nacimiento al cuerpo causal. Es así como los Pitris Lunares de las tres primeras clases se individualizaron. Ellos forman la gran masa de nuestra humanidad. Las dos clases de Pitris Solares ya individualizados—la primera antes de dejar la cadena Luna, la segunda más tarde—forman dos órdenes inferiores entre los Hijos de Manas. La segunda se encarna hacia el comedio de la tercera raza; la primera, más tarde, sobre todo, en la cuarta raza, la raza atlante.

La quinta raza, la raza aria, la que está ahora á la cabeza de la evolución humana, fué extraída por selección de la quinta subraza atlante. Las familias que ofrecían más esperanzas fueron aisladas en el Asia central, y el nuevo tipo de raza evolucionó bajo la dirección inmediata de un gran Sér que, en términos técnicos, se llama un Manu. Saliendo del Asia central la primera subraza se estableció en la India al lado de los montes Himâlayas. Con sus cuatro castas de instructores, guerreros, comerciantes y obreros (3) llegó á ser la raza dominante en la

(1) *La Doctrina Secreta;* libro de Dzyan, núm, 13, vol. II.

(2) Monasaputra, esta vasta jerarquía de inteligencias autoconscientes, comprende un gran número de órdenes.

(3) Brahmas, Kshatryas, Vaishyas y Sudras.

gran península India, después de haber sojuzgado las naciones de la tercera y de la cuarta raza que la poblaron en época remota.

Al fin de la séptima raza de la séptima ronda, es decir, á la conclusión de nuestro manvántara terrestre, nuestra cadena estará dispuesta á transmitir á la que ha de sucederla los frutos de su vida. Estos frutos serán, de una parte, los hombres divinos, perfectos Buddhas, Manus, Chohans y Maestros, prontos á asumir á su vez la tarea de guiar la evolución bajo la dirección del Logos planetario; de otra parte, la multitud de entidades menos evolucionadas en todos los grados de conciencia, que tendrán aún necesidad de experiencias físicas para el perfeccionamiento de sus posibilidades divinas. Después de nuestro manvántara, que es el cuarto, vendrán el quinto, el sexto y el séptimo, que aún se hallan envueltos en el misterio de lo porvenir. Después, el Logos planetario reunirá en sí todos los frutos de su evolución y entrará con sus hijos en un período de reposo y de felicidad. No podemos decir nada de ese estado sublime. ¿Cómo podríamos, en nuestro grado de evolución, imaginar su gloria inimaginable? No sabemos, sino vagamente, más que esto: que nuestros espíritus felices «entrarán en la alegría del Señor», y reposando en Él veremos extenderse ante nosotros infinitos horizontes de vida y de amor sublime, cumbres y abismos de poder y de goce, ilimitados como la Existencia Una, inagotables como el Único que ES.

Annie BESANT

LA GRAN PIRAMIDE

(CONTINUACIÓN)

VII.—DEL DESTINO DE LA PRIMER PIRÁMIDE

Hemos indicado anteriormente, aunque de un modo incompleto, cuanto conocemos, según las fuentes más autorizadas, acerca de la época de la construcción de las pirámides, del arquitecto ó arquitectos que las erigieron y de la misma construcción. No se ha hecho, pues, más que indicar lo que los autores más competentes pensaban respecto al objeto por y para qué fueron eri-

gidas. Todo nuestro trabajo anterior debe considerarse así como una amplia introducción para el verdadero fin de estas líneas, que no es otro sino considerar el propio destino de monumentos tan importantes. Asimismo lo que digamos ahora, en general, sobre las diferentes teorías emitidas acerca del asunto, se considerará también como un paso á la investigación de aquella teoría que para nosotros los teósofos, sea por fe, por autoridad ó por convicción, tiene un valor máximo. Nos referimos á la indicada como teosófica ó francmasónica.

En la imposibilidad de tratar por extenso todas las teorías existentes acerca del destino de la Gran Pirámide, debo, por fuerza, de reducirme. Hay, además, algunas que sólo deben mencionarse, pues tienen muy poco valor é importancia para el fin que tratamos. Quien quiera que sea, una ú otra teoría especial habrá, pues, de estudiarla en las obras escritas sobre ella, la mayor parte de las cuales, por ser demasiado técnicas, no han de tratarse por nosotros. He de abandonar, pues, mi primer intento y limitarme á pasar una revista sobre lo más principal.

La teoría más conocida, y al presente también la que goza de más autoridad, es la que hace de la Gran Pirámide, lo mismo que de las otras, un mausoleo de los Faraones.

Algunos escritores no se explican sino muy brevemente, como ya he dicho, sobre el destino de la Gran Pirámide; así no puede hallarse en ellos indicación alguna en pro ó en contra de una teoría. Jomard, en su obra *Sur les pyramides d'Egypte,* dice (1):

«Si estamos casi por completo á obscuras acerca del tiempo en que construyeron las pirámides y del nombre de sus arquitectos, un velo tan tupido cae también sobre el destino de esos monumentos, y no puede ser de otro modo, porque los historiógrafos de la antigüedad y los escritores árabes no tuvieron unos ni otros los medios para saberlo. Era natural que se mirasen esos monumentos como sepulcros ó mausoleos. Semejante idea se halla perfectamente de acuerdo con *la probabilidad y, sobre todo, con la que es una consecuencia de analogía* (2). Las montañas Libias, en Menfis, no ofrecían paredes verticales como en

(1) Panconcke. *Description de l'Egypte,* IX. pág. 485 y siguientes.

(2) Subraya H. J. van Ginkel.

Tebas, en las que abrieron sepulcros para los reyes; ¿por qué no se habría de procurar dar una providencia sobre este asunto erigiendo esos monumentos? ¿No se habría querido quizá competir por las proporciones gigantescas y las dificultades enormes del trabajo con la riqueza de los reales mausoleos subterráneos?

Pero con estos datos, aunque fuesen probables, nunca se hubiese podido explicar la obra de las pirámides y todo lo que un examen más detenido de ellas puede descubrir, y sobre todo la idea de escoger la forma piramidal.»

Y más adelante añade:

«Como quiera que sea, si aceptamos que la idea de pirámide lleva consigo la de sepulcro, ¿no tendremos que concluir de por fuerza que no hubo otra intención en la erección de esos admirables monumentos? No lo creemos. ¿Cómo podemos reconocer como verosímil la aserción, en una nación tan religiosa como la egipcia, de que la religión y los misterios fuesen ajenos al objeto que se proponía alcanzar al erigir las pirámides? ¿No estaría en perfecta contradicción con la declaración de Aristóteles, el más profundo observador de la antigüedad, que atribuye á la política de los príncipes esa erección? En fin, si observamos la forma que se ha dado á esos edificios, las dimensiones, la mutua correspondencia de sus partes, la exacta orientación de sus lados y muchas otras circunstancias no menos notables, entonces, ¿cómo se podrá asegurar que las ciencias y los fines científicos no han presidido en su construcción? Semejantes suposiciones serían completamente inaceptables. Confieso que la perfección del trabajo y de la composición pueden explicarse por el grado de perfección que había alcanzado entonces la arquitectura, teniendo que edificarse todo edificio público con la mayor exactitud; pero hay aquí una superabundancia de cuidados y precauciones, hasta para los más insignificantes detalles, en la solidez y el conjunto. El arquitecto era auxiliado por el astrólogo y el constructor por el matemático. *Algunos antes de mi han dudado si la pirámide se construyó para servir de sepulcro* (1); pero no tiene derecho á eso quien niega que una sola parte del monumento ó de su vecindad haya recibido ese destino. Esta es una diferencia que me parece de bastante importancia para señalarla.»

(1) Voyage du Dr. Shaw en Barbarie, etc. III, pág. 314 y siguientes.

De la cita precedente puede concluirse que el mencionado *savant* no declaraba atrevidamente que la pirámide no era otra cosa que un sepulcro, y aún iba más lejos, como veremos más adelante.

Cito á este autor de un modo tan lato porque ninguno de los autores *competentes* trata tan ampliamente el asunto como él, ni de una manera tan filosófica y tan verdaderamente científica. No hace puras aserciones y mira los hechos muy de cerca, dejando un amplio espacio para las opiniones de otros escritores y pensadores.

Pasa en seguida á examinar á los escritores de la antigüedad con respecto á este particular, Diodoro, Strabon y Herodoto, que aluden á la pirámide como un mausoleo (aunque Herodoto lo hace de un modo menos directo y dice que Cheops cavó en la roca, sobre la cual están erigidas las pirámides, diversos cuartos subterráneos destinados á servir de sepultura, sepultura situada en una isla formada por un canal que tenía comunicación con el río). Plinio no habla del destino de la pirámide, y con respecto á lo que dicen los historiógrafos árabes, cuenta:

«Es verdad que nuestros autores árabes han considerado las grandes pirámides como mausoleos; pero ellos llegaron indudablemente á semejante opinión á consecuencia de los muchos monumentos piramidales de la vecindad, que contenían sarcófagos y cuerpos embalsamados y que no podían ser otra cosa que sepulcros. La cuestión era, y es todavía, saber si los arquitectos de la Gran Pirámide han tenido otro objeto que el de poner en ella la momia de un rey, y veremos bien pronto que no todos los escritores orientales son de la misma opinión.»

Después de hablar con la mayor extensión del interior de la Gran Pirámide, añade:

«Sin duda no hay imposibilidad en la idea de que se celebrasen misterios en semejante edificio, ó que quizá se consumasen iniciaciones en las salas más bajas y, en general, que se verificasen cultos, ceremonias y ritos religiosos.....»

Pasa en seguida á considerar, de una manera muy liberal, las demás teorías, teorías que mencionaremos muy en breve, y que para indicarlas á nuestros lectores no podemos hacer nada mejor que citar sus palabras epílogas sobre el particular.

«Dejamos á nuestros lectores elegir entre las últimas expli-

caciones la que les parezca más verosímil, y debemos hacer lo propio con respecto á los demás problemas que se han suscitado sobre el objeto y destino de las pirámides, y principalmente sobre el designio para que fué erigida la Gran Pirámide. Si es casi imposible indicar ese destino con toda seguridad, no es menos difícil demostrar que el edificio estuvo puramente destinado á servir de sepulcro. Al lector le dejo juzgar de la valía de los argumentos y consideraciones que tiene ante su vista y el compararlos con hechos y observaciones. Primeramente me fijaré en dos conclusiones: la primera, que este grandioso edificio no estuviese destinado á objeto alguno; y la segunda, que las dimensiones de la pirámide son partes proporcionales de la medida de un grado de longitud en Egipto. De estas dos conclusiones, que parecen incontestables, quizá el lector deducirá en seguida aquella conclusión de que no ha recibido la pirámide las dimensiones que tiene por casualidad, sino según un proyecto, para definir el valor del grado y la longitud usada en las medidas en Egipto.»

Podríamos dividir las teorías existentes en algunos grupos principales y encontraríamos entonces, al lado de la teoría sepulcral y de algunas otras insignificantes, un grupo de teorías fundadas en la astrología, en la teología, en la ciencia, en la simbólica y en la mística, y como hemos hablado ya bastante de la teoría sepulcral en éste y en los capítulos precedentes, pasaremos á indicar algunas teorías menos importantes—y hasta ridículas—, fijándonos en las que revistan más importancia.

Entre las de menos valor para nuestro fin, es digna del mayor interés la de Fialin de Persigny, que denota un amplio examen, tal como lo prueba en su obra *De la destination et de l'utilité permanente des Pyramides,* donde se estudia el asunto con extensión y una convicción muy seria.

Su teoría es que las pirámides fueron erigidas para proteger contra las tormentas de arena de esta parte del valle del Nilo, que no estaba protegida por las montañas de Libia. La fragilidad de esta teoría descúbrese al principio al indicar que la utilidad accidental de un edificio no era la causa de su erección. Según eso, en una iglesia, por ejemplo, que se construye para celebrar en ella asambleas religiosas, y que tal vez la cima de su torre sirve de punto de marca de algún grado, no se ha de

buscar la razón de su construcción en la utilidad que ofrezca para semejantes mediciones geodésicas. La teoría de Ballard está fundada literalmente sobre la de Persigny; su autor piensa, efectivamente, que las tres pirámides sirvieron de puntos de demarcación de un sistema geodésico, á fin de dividir el suelo de Egipto de una manera equitativa entre sus habitantes. Esta teoría fué expuesta en su obra *The solution of the Piramid problem.* Y tanto este libro, como el anterior, son dignos de leerse por los interesados en este asunto, pues constituyen una prueba de las maravillosas aberraciones del ingenio humano.

Entre las teorías inferiores que propiamente no merecen de ningún modo el nombre de teorías, y que sólo pueden considerarse á título de extravagancias ilimitadas de sus inventores, consignaremos la de Sir Tomás Browner, que escribió en tiempo de la reina Isabel I que estas cavernas y reservarios de momias eran «escondrijos de Satán», basando su juicio sobre algunas observaciones en pápirus egipcios respecto al «Orco», y también sobre algunos lugares del Antiguo Testamento. Escondrijos que eran los últimos y acaso los mismos que Mad. Blavatsky cita en *La Doctrina Secreta.*

«El gran cisma que tuvo lugar entre los hijos de la cuarta raza cuando se erigieron los primeros templos y las salas de iniciación bajo la dirección de los «Hijos de Dios» (1), se halla alegorizado en los hijos de Jacob. Que había dos escuelas de magia, y que los levitas ortodoxos no pertenecían á la buena, está demostrado en las palabras pronunciadas por el moribundo Jacob. Y aquí conviene citar unas cuantas sentencias de *Isis sin Velo:*

El moribundo Jacob describe así á sus hijos: «Dan—dice—será una *serpiente* en el camino, una *culebra* en el sendero que morderá las patas de los caballos de modo que el jinete caiga hacia atrás (esto es, enseñará á los candidatos magia *Negra).* He esperado su salvación, ¡oh, Señor!» De Simeón y Leví dice el patriarca que «son hermanos; en sus moradas hay instrumentos de *crueldad.* ¡Oh, alma mía, no penetres tú en su *secreto,* en su *asamblea!*». Ahora bien; en el original, las palabras «su secreto» se leen «su Sod». Y Sod era el nombre de los grandes misterios..... (1).

---

(1) Bastante claramente se alude aquí á las pirámides. Véase la revista *Theosophia,* de Amsterdam, Mayo de 1904. (Nota de J. H. van Ginkel).

(2) *La Doctrina Secreta;* II, pág. 195, edic. castellana.

Podemos, pues, concluir de eso que había también templos piramidales (?) de iniciación en magia negra, y no nos es permitido dudarlo; lo citado arriba dice bastante; pero temo que Browne iba demasiado lejos si me atrevo á atribuirle un pensamiento tan profundo sobre el problema. Bonwick, en su *Pyramid Facts and Fancies,* no hace sino tocar muy ligeramente esta teoría, y también hace mención de algunas muy dignas de risa y que no lo son de aquel nombre, como, por ejemplo, la de un filósofo (!?) sueco que opinaba que las pirámides fueron erigidas sencillamente para purificar las aguas del cenagoso Nilo, conduciéndolas por sus galerías. No he podido hacerme con el libro en que tal opinión se consigna, y lo siento porque me habría proporcionado un rato agradable, aunque no me hubiera convenido de que las pirámides eran una especie de acueductos de la antigüedad. En la misma obra, *Facts and Fancies,* hallamos la opinión del Sr. Gable, que ofrece á sus lectores el siguiente hecho digno de tenerse en cuenta: «No nos parece—dice—que los constructores tuviesen la intención laudable de dejar á la posteridad representaciones científicas, como han supuesto algunos, porque no parecen haberse erigido con un objeto geométrico». Pero, como según el Sr. Gable, se ha afirmado—no dice de qué manera—«que fueron erigidas por ellos (los institutores), que después de su unión con las hijas de los hombres, no sólo degeneraron hasta despreciar los conocimientos útiles, sino que se entregaron por completo al lujo superfluo», no hay que maravillarse de su conclusión final, que dice *fueron construidas para recreo de las señoras.* Wather escribió en 1842: «Los regalos de la reina de Saba á los egipcios se pueden admirar ahora en las masas indestructibles de las pirámides». Benjamín de Tudela y Vosius sostienen que fueron los silos de José. Bonwick dice que ya en 1330 Manudeislle sostuvo lo mismo. Y las pruebas, como la probabilidad, faltan en uno y otro caso.

Una teoría de más valor que las anteriores, elaborada y razonada profundamente, es la de Thomaso Yeates, que dió á luz en 1833 una disertación sobre este particular (1). En esa obra compara las pirámides y el arca de Noé en lo que respecta á las medidas. Dice: «Las medidas de la Gran Pirámide se acercan

(1) *A dissertation on the antiquity, origin and design of the principal Pyramids of Egypt.*

de tal modo á las antiguas medidas longitudinales del arca de Noé, que no vacilo, por nueva que sea la idea, en compararlas entre sí.»

Como hemos de volver más tarde sobre la teoría de las medidas, trataremos entonces de ésta por su conexión con aquélla.

Cuando citábamos á Jornard mencionábamos la opinión de Aristóteles respecto de la erección de las pirámides, opinión que ha tenido muchos partidarios. Según ella, se trata de inmortalizar la representación del despotismo real; pero semejante representación tiene una causa política muy profunda. En este feracísimo país—se habla del Delta del Nilo, que, según el entender teosófico, no se había alzado aún en la época de la construcción—, en este feracísimo país el pueblo hubiera tenido muy poco que trabajar y tuvo mucho tiempo para revolverse contra la autoridad real y del clero. Los sacerdotes convencieron, pues, al rey de que no había otro medio de aquietar al pueblo que forzándole á la erección de monumentos gigantescos, y esa sería la razón ó causa á que las pirámides deben su existencia.

Plinio es casi de la misma opinión; únicamente cree que los obreros eran prisioneros de guerra á quienes, para no vestirlos y alimentarlos para nada, se les hacía trabajar. Greaves, ocupándose de estas dos opiniones de la antigüedad, dice: «Pero el por qué los reyes egipcios se consagraron á tales expensas para erigir esas pirámides es una cuestión de naturaleza más elevada.»

Aristóteles dice que son obra de la tiranía, y Plinio afirma que los reyes las hicieron erigir, parte por soberbia, parte por política, para tener ocupado al pueblo y libre de motines y sublevaciones.

Sandijs piensa «que fué por temor á que sus grandes tesoros (los de los Faraones) hicieran degenerar á sus sucesores».

Cómo se pueda llamar á estos reyes tiranos y déspotas soberbios, y á la vez decir que prevenían la degeneración de sus sucesores, para mí es un enigma. Mariette Bey desdeña esta teoría, deshaciéndose de ella, y Hekekyan Bey observa con razón: «Es bien sabido que un tirano casi nunca completa una obra que ha dejado sin acabar un predecesor suyo. Es claro, pues, que esas pirámides eran un empeño nacional, que se decidió por el proyecto y la ejecución de aquéllos después de una amplia deliberación, y que se hicieron leyes para asegurar la

ejecución de la decisión pública por las autoridades ejecutivas».

Dufen sostiene lo contrario de Aristóteles; dice: «Lejos de ser obra de la soberbia y del despotismo de los Faraones, son más bien las pruebas de su sabiduría sublime y del profundo saber de sus colegios sacerdotales.»

Concluiremos, por ahora, oyendo á dos autores árabes de los más conocidos con respecto á este punto.

Mustadi (de Gihe, en Arabia) decía en 992: «Hubo un rey llamado Saurid, hijo de Salaka, trescientos años antes del diluvio, que tuvo un sueño una noche, en el que vió trastornada la tierra y á los hombres arrojados de sus casas, mientras caían del cielo las estrellas entre los gritos de terror de aquéllos. Se despertó sobresaltado el monarca y no contó su sueño á nadie, convencido de que una gran desgracia sobrevendría al mundo. Un año después soñó otra vez que veía caer sobre la tierra las estrellas fijas, en forma de aves blancas, que cogían á los hombres y los echaban entre dos grandes montes que se juntaban luego cubriéndolos, mientras las estrellas más resplandecientes se tornaban obscuras y quedaban totalmente obscurecidas. En esta ocasión se despertó con mayor sobresalto, y yendo al templo del Sol comenzó á llorar. A la mañana siguiente ordenó que todos los príncipes de los sacerdotes y los magos de todas las provincias de Egipto se congregasen, lo que hicieron en número de 130, entre sacerdotes y adivinos. Entrando el rey en la asamblea hizo un relato, que hallaron del mayor interés, y declararon que al mundo le sobrevendría una gran desgracia.

El sacerdote Aclimon, que era el mayor de todos y que permanecía mucho tiempo en la corte del rey, dijo:

—Señor, vuestro sueño es admirable; pero yo he tenido otro hace un año, que me espantó y que no he revelado á ninguno.

—Dí como fué—dijo el rey.

—Soñé—continuó el sacerdote—, soñé que estaba con vuestra majestad en la cima de un monte de fuego que está en la mitad de Emsis, y que veía bajar el cielo de su sitio natural de tal modo, que tocaba la corona de nuestras cabezas, cubriéndonos y circundándonos á la manera de un baño invertido; que las estrellas se mezclaban con los hombres de diversa manera, y que los hombres suplicaban á vuestra majestad que los ayudase, dirigiéndose hacia vos en busca de refugio. Vuestra majes-

tad levantaba los brazos procurando levantar el cielo con ellos, y así lo detuvo, y yo, viendo lo que vos hacíais, hice lo mismo. Mientras estábamos en esa postura, extraordinariamente aturdidos, me pareció que veíamos abrirse parte del cielo y salir de él una luz clarísima; que después de eso se levantó el Sol en este lugar y que le suplicó que asistiésemos, diciéndonos luego: «El cielo volverá á su sitio ordinario cuando se hayan cumplido trescientas vueltas». En ese momento me desperté sobresaltado. Como los sacerdotes le hablasen de ese modo, el rey los mandó medir la altura de las estrellas y considerar cuál era la desgracia que profetizaban, y profetizaron, en primer lugar, el diluvio y en seguida el fuego. A esto mandó erigir las pirámides, y que se encerrase en ellas todo lo que tuviese algún valor, juntamente con los cuerpos de los reyes, con inciensos aromáticos, cubriéndolas por fuera sabiamente, á fin de que las aguas no pudiesen aniquilarlas.

Esto no es sino una modificación del relato bíblico, en el que Sem hace grabar la sabiduría del mundo antiguo sobre dos columnas: Jachin y Booz.

El historiógrafo Ibn Abd-Al-Hokm es el otro autor de quien quiero citar una parte. Comienza poco más ó menos de la misma manera que Mustadi, pero luego dice:

«Cuando los sacerdotes dijeron también que el diluvio caería sobre el país dentro de algunos años, el rey mandó erigir las pirámides y construir un pantano donde debía mantenerse el Nilo y del que debía fluir á los países occidentales y al país de Al-Said. Llenó las pirámides de talismanes, de cosas extrañas, de riquezas, tesoros y otras cosas parecidas. Hizo grabar en ellas las máximas de los sabios y todas las cosas más profundas de las ciencias. La astrología, la matemática, la geometría y la física podían adquirirse por los que conocen esos caracteres y ese lenguaje. Después de dar órdenes para hacer ese monumento se cortaban grandes columnas y piedras preciosas. Se trazaron grandes piedras de los etíopes y de ellas se hicieron los cimientos de las tres pirámides, uniéndolas con plomo y hierro. Se pusieron las puertas cuarenta varas bajo del suelo, y la altura de las pirámides fué de cien varas reales, ó sean quinientas de las nuestras. La construcción se hizo bajo un horóscopo feliz, y cuando aquélla fué terminada se cubrió desde la base hasta la cúspide con mármol tinto, satinado, y se celebró una fiesta so-

lemne, á la que asistieron todos los habitantes del imperio. Después construyó en la pirámide occidental treinta tesorerías, llenas de riquezas, de instrumentos y de dibujos hechos en piedras preciosas, y de herramientas y vasos de tierra, y de un *cuchillo* que no se consume, y de vidrio que podía doblarse y no se rompía, y de encantaciones extrañas, y de diversas clases de alakakivos sueltos y dobles, y de venenos mortales y de otras muchas clases. Hizo también en la pirámide oriental esferas celestes y estrellas, y sus diversos aspectos y efectos y aromas que se usaban para ello, y los libros que trataban de esos asuntos.

Colocó también en la pirámide tinta (la tercera) las explicaciones de los sacerdotes en cuadernales de mármol, y al lado de cada sacerdote un libro, en el que había todas las maravillas de su profesión, de sus hechos, de su carácter, de lo que hizo en sus días y de lo que es y será desde el comienzo hasta el fin del tiempo. El tesorero de la pirámide occidental era una estatua de mármol que estaba en pie con una lanza y una serpiente alrededor de la cabeza. El que se acercaba y propasaba era mordido por la serpiente, que se lanzaba al cuello y lo mataba, volviendo luego á su puesto.

Hizo tesorero de la pirámide oriental un dios de ágata negra con los ojos abiertos y lúcidos, que estaba sentado sobre un trono con una lanza en la mano. Cuando uno miraba hacia él oía una voz á su lado que se apoderaba de sus sentidos y no le dejaba sino cuando moría. El tesorero de la pirámide tinta era una estatua sedente llamada Albut. El que la miraba era atraído hacia ella y no podía despegarse sino cuando moría.»

Sauvid escribió sobre la Gran Pirámide: «Hice construir estas pirámides en seis años. Demoler es más fácil que construir. El que demuela estas pirámides en seiscientos años será más hábil y digno que yo. Ese puede tomar mi puesto.

H. J. van GINKEL.

(Concluirá.)

Versión española del holandés, por **R. LENSSELINK.**

EL CASO DEL IDIOTA

Confieso que antes de tener conocimientos teosóficos era para mí un problema sin solución el asunto que voy á tratar. Declaro igualmente lo mucho que he vacilado y la lucha sostenida entre las fuerzas, de una parte, impulsándome al trabajo, y de la otra, conteniéndome; pero al fin deseché todo temor, y sin levantar mano héme ya en disposición á dar libre salida á cuanto me bulle en los adentros.

Mi característica ha sido siempre la de pensar mucho tiempo, fluctuar más aún antes de poner en práctica lo pensado; pero una vez decidido, ejecutarlo rápidamente y sin interrupción, pues aborrezco todo lo que se parezca á solución de continuidad.

Sorprenderá no poco si digo que un sueño muy extraño que tuve me inspiró este trabajo; pero ya vendrá á su tiempo la explicación, pues de hacerlo ahora equivaldría á empezar por el fin.

¿Qué es un idiota? Según la ciencia, un sér que, anatómicamente considerado, posee un cerebro de organización defectuosa, lo cual es causa de que las facultades intelectuales sean muy deficientes en unos casos y nulas, ó poco menos, en otros, colocados por esa ciencia á más bajo nivel que el de ciertos irracionales.

La sierra al dividir un cráneo, y el escalpelo y demás instrumentos quirúrgicos en sus exploraciones, nos dicen por boca de ciertas eminencias lo siguiente: varias, y hasta cierto punto complicadas, son las anomalías que presentan los cráneos y el contenido de los mismos en estos desgraciados séres. Las dimensiones de las cavidades suelen ser mayores ó menores de las ordinarias. Al excesivo desarrollo de los senos frontales corresponde la reducción de la cavidad encefálica. La microcefalia y la submicrocefalia, ésta mucho más frecuentemente que aquélla, dan lugar á que el encéfalo no se desarrolle. En lo que afecta á la

simetría hay también sus vicios de conformación. Respecto á la capacidad craneana se tiene en cuenta el volumen progresivo del cerebro, el cual, desde que se nace hasta los sesenta años, varía entre 400 c. c. y 1.450 en el hombre, y 360 y 1.300 en la mujer.

En el cerebro, las desigualdades y deformidades se hacen notar en mayor ó menor escala, y cuando no existen resalta, en cambio, la pequeñez de la masa encefálica. En otros casos hay ausencia total ó parcial del cuerpo calloso, ó falta la bóveda de cuatro pilares, y muy frecuentemente los tálamos ópticos ó los cuerpos estriados. La escasez de desarrollo cerebral no afecta solamente á sus dimensiones, sino también á las irregularidades de los pliegues y surcos, que guardan relación con los grados de la inteligencia. Las circunvoluciones, poco voluminosas y deprimidas, hacen menos profundas las líneas del cerebro, y la substancia blanca tiene más consistencia, presentándose fenómenos contrarios en la gris, existiendo algunas veces acumulaciones de esta última en zonas donde no debieran existir. Completa este ligero cuadro la esclerosis general del cerebro que en ciertos casos se presenta.

Si de lo anatómico pasamos á otro género de observaciones, será necesario tener en cuenta los diferentes grados del idiotismo para saber dónde empieza y dónde acaba la imbecilidad, toda vez que la una es atenuación del otro.

Se dice que la idea en el imbécil ó en el idiota sólo es producto de impresiones materiales, que desaparecen sin dejar rastro alguno en el momento de cesar la excitación momentánea del sentido. No hay enlace entre los conceptos, y, por tanto, existe ausencia completa de juicios y raciocinios. Faltan atención, reflexión, memoria y todo lo que sean resoluciones voluntarias; en resumen, el modo de obrar de estos séres es siempre automático, al menos así nos lo cuentan los que creen saberlo todo, y sin duda por esto, y teniendo en cuenta que las acciones reflejas no van acompañadas de la conciencia, se supone al idiota igual ó inferior á algunos irracionales, lo cual ya fué afirmado por Descartes, y se refuerza por el argumento siguiente: lo consciente, para ser considerado como tal, exige que entre la impresión recibida y el movimiento siguiente medie un período de tiempo, y conforme á su duración, se manifestará la conciencia con mayor ó menor energía, y como en el cerebro y en

el cerebelo tiene su asiento la actividad de la conciencia, al transmitir los bajos centros nerviosos las impresiones recibidas, se desarrolla una fuerza centrípeta que retorna, sirviéndole de conductores los nervios centrífugos á los centros de que proceda, apareciendo la conciencia cuando el movimiento molecular es mayor en el cerebro y en el cerebelo que en los centros inferiores, siendo estos últimos los predominantes en el idiota.

Si de lo intelectual pasamos á lo afectivo, la proporción se desarrolla de igual modo, y vendremos á parar á idénticas conclusiones, esto es, que la cólera, alegría y disgusto, no aparecen voluntaria, sino instintivamente. Hay idiotas lascivos, indiferentes, bondadosos, melancólicos, iracundos, y con relación á los rasgos de su fisonomía y aspecto general, pueden ser gruesos, aviejados, deformes, escasos de desarrollo, bien desarrollados, proporcionados y hasta de aspecto que no corresponde á lo que en realidad son, pues su fisonomía no revela el estado de su inteligencia.

Y trazadas las líneas generales para la mejor comprensión de lo que sigue, entraré de lleno en el asunto.

Fijémonos en un idiota cualquiera, por ejemplo, uno del tipo apático. La observación anatómica nos ha demostrado concienzudamente que las alteraciones del cerebro y las del cerebelo justifican las conclusiones de la ciencia. Todos los demás caracteres, así como las observaciones sintomáticas hechas en vida de este idiota, demuestran que el individuo pertenecía al tipo de que se trata. En lo afectivo formaba en el grupo de los melancólicos.

Tomemos nota del caso y examinemos otro.

Nos hallamos en presencia de un idiota que durante su vida se mantuvo siempre en un estado de pasividad, ajeno á toda impresión. Característica: la indiferencia, sin rasgo alguno de cólera, tristeza ó alegría. Anatómicamente presenta los mismos caracteres del anterior. ¿Por qué esa diferencia en lo afectivo? Creo que vale la pena meditar un poco sobre el asunto.

Quedamos en que la ciencia señala al idiota caracteres anatómicos correspondientes, en la mayoría de los casos, á la regla general; pero en igualdad, ó poca diferencia de condiciones del dato anatómico, se observan diferencias notables en las manifestaciones emotivas, y aunque implique una osadía por mi parte, diré, sin ambajes ni rodeos, que la ciencia autoritaria—tam-

bién en ella hay sus despotismos—ignora muchas cosas no reveladas por el escalpelo, por la sencilla razón de que sus aceradas hojas sólo se han hecho para cortar la materia grosera, no la sutil é impalpable.

Ved ahí, sobre la mesa de disección, un cráneo abierto y despedazado. Observad la configuración de su bóveda, sus líneas generales; fijáos bien: la frente espaciosa y bien colocada; todas las medidas craneométricas acusan números favorables para formar concepto de las facultades intelectuales del hombre; las pruebas de capacidad y cubicación corroboran el supuesto que antecede; la masa encefálica presenta magníficas circunvoluciones de líneas profundas y bien señaladas; la substancia gris es consistente; en resumen, todo nos dice que el feliz poseedor de aquella cabeza era un hombre de talento extraordinario; pero, ¡oh decepción!, los que en vida le conocieron nos dicen lo contrario, y la tal cabeza, valga el símil, no serio, pero sí gráfico, es una hermosa cucurbitácea. Volvamos ahora la oración por pasiva y obtendremos resultados inversos, esto es, á signos de poco desarrollo intelectual corresponden, en el terreno de los hechos, facultades intelectuales de primer orden; donde la habitación está preparada para un genio, el inquilino es punto menos que un imbécil ó viceversa. ¡Qué de aseveraciones en teoría y cuántas negaciones en la práctica!

¿Sabéis lo que significa la palabra *impulsivo,* con referencia al sér humano? A veces, el individuo que anatómicamente posee esta filiación pasa del todo inadvertido y es un excelente burgués, cuya vida se desliza prosáica y metódicamente, sin atraer la atención pública. Es como un detalle que se pierde en el conjunto, una nota confundida en el acorde general; pero si caen las pesas de otro modo, si el impulsivo sobresale de la masa común y se hace notar por cualquier circunstancia, ya el caso es muy distinto. ¿Se trata de un crimen sensacional de los que forman época? pues ya se encargará la ciencia de hacer trizas su cadáver para leer en aquellas ensangrentadas páginas toda una serie de antecedentes previstos, ¡previstos porque en aquel caso el crimen tuvo lugar!

Otras veces, el impulsivo es un audaz explorador, un guerrero atrevido, un abnegado dispuesto á los sacrificios más cruentos, acaso un mártir de la ciencia ó un místico del género de Santa Teresa de Jesús, si es mujer, ó similar de San Fran-

cisco de Borja, si es hombre. Y la anatomía siempre señalará la misma clasificación, porque el asunto es tan complejo y convencional, aplicado al modo de ser de la humanidad, como el concepto del universo es complejo y convencional para el hombre dentro de las diferentes escuelas filosóficas.

¿En virtud de qué ley ó inspiración un impulsivo es ángel ó demonio, vulgar asesino ó genial artista? La ciencia me da los caracteres generales de la materia, pone nombres propios y llena libros y más libros, no exentos de conclusiones pedantescas; pero no sabe ni puede explicarme por qué á igualdad de organizaciones materiales existen desigualdades enormes afectivas; se encierra en el recinto construído con lo que ella supone que es indestructible, y á todo responde: «Esto es así, no puede ser de otro modo; todo se reduce á funciones cerebrales; no sabemos el por qué de muchas cosas; pero son así y no pueden ser de otro modo.»

Y aún hay más; si por acaso surge un genio que traspasa los límites de lo conocido y presenta teorías y aun inventos que se traducen en hechos, la primera palabra de esa ciencia intransigente y soberbia es la de ¡imposible!; se rendirá algunas veces á la evidencia cuando el descubrimiento le entre por los ojos y le llegue á los sentidos; pero de primera intención protestará hasta el último momento. Boulliand, el académico francés, llamando ventrílocuo al representante de Edison, que hacía funcionar á su presencia el fonógrafo, y como este sabio otros muchos que pudieran citarse con ocasión de hechos parecidos, son ejemplos bien elocuentes y excluyen todo comentario; y conste que dirijo mis tiros, no á la ciencia seria y modesta que expone sus opiniones sin tratar de imponerlas, sino á la que pretende hacer de sus conclusiones artículos de fe y no admite creencias ni hipótesis fuera de las demostraciones materiales que juzga irrebatibles.

Por eso nos aseguran doctores eminentes que no pueden equivocarse—así lo creen ellos—que el idiota es un sér desposeído de inteligencia; error tan grande como el de suponer la falta de vida allí donde no alcanzamos á ver su manifestación.

En efecto; el sér humano se diferencia del irracional en que posee la triada espiritual. Atendamos sólo al quinto principio, el alma humana; con él tenemos todo lo necesario para nuestro propósito.

Si el alma existe en el hombre, si el entendimiento es una de sus potencias, al comparar la facultad de entender con la de pensar la primera aparecerá como un fondo inmóvil, dispuesto para que en él giren y se desarrollen los pensamientos; luego, éstos, por ser movimiento, son los que completan, mejor dicho, son los que constituyen la acción. Esta, para exteriorizarse, necesita un medio material, la palabra, la escritura, la mímica. En el sordomudo no existe el principal medio de acción; pero yo creo que, aun en los casos del más acentuado idiotismo, nunca falta una mímica, siquiera sea rudimentaria. Existe, indudablemente, la inteligencia en los idiotas, pero están imposibilitados de expresar sus pensamientos.

Observemos á un atacado de catalepsia; la muerte parece que ha invadido aquel cuerpo; sin embargo, el oído funciona; el paciente se da cuenta de todo, por más que le sea imposible manifestarlo. ¿No sucederá en el idiota algo semejante? La inteligencia y el pensamiento tal vez estén á merced de una fuerza desconocida que reduzca á la impotencia la acción.

Semejantes consideraciones podrían hacerse si se tratara de un ataque de parálisis. El médico os dirá que allí no hay sensaciones auditivas ni visuales, con ausencia también del entendimiento y de todo padecer material ó moral, y con la muletilla de los consabidos fenómenos reflejos os taparán la boca si os mostráis temerosos de que el enfermo se dé cuenta de su situación. ¡Como si alguien supiera lo que hay detrás de esa aparente insensibilidad!

Sé de un caso ocurrido no hace mucho tiempo en un hospital, y en el que intervinieron dos eminentes doctores. Se trataba de una mujer con el órgano de la palabra destruído y que, sin embargo, ¡hablaba! Hasta la fecha, los dos galenos no han podido darse explicación satisfactoria del suceso.

¿Cuál es entonces el fundamento de los hombres de ciencia para asegurar la ininteligencia del idiota, hasta el punto de considerarle inferior al irracional? Y hecha esta pregunta, no estaría demás preguntar también por qué los naturalistas afirman que entre el salvaje más atrasado y el antropoide más perfecto existe un abismo, á fin de establecer comparaciones entre un fueguense ó un australiano, y un idiota europeo del tipo versátil.

No acepto, en absoluto, que la inteligencia del más inferior

de estos séres esté por debajo de la del chimpancé. Si se me dice que aparentemente sucedan así las cosas, podré admitirlo, lo cual equivale á no confundir lo manifestado con lo que no puede manifestarse.

Podría desenvolver muy extensamente este tema; pero basta para mi objeto con lo apuntado, y concluyo diciendo que la ciencia no posee la clave del misterio. Veamos si en otro campo hay elementos que me ayuden en mis propósitos.

Ahora le tocará á esa ciencia, ahita de saberlo todo, sonreir despreciativamente, lo cual no ha de preocuparme poco ni mucho, porque yo escribo para los míos, y éstos sí tienen mucho que enseñarme, pues soy un pobre neófito, seguramente no echarán á burla lo que voy á decir. Expongo el fruto de mis estudios y meditaciones y no aspiro á imponer mis ideas, sino á manifesterlas modestísimamente.

Hablé al empezar este trabajo de un sueño, y dije que fué la causa de estos apuntes.

Ante todo, ocúrreseme preguntar: ¿Qué es un sueño? Cualquiera lo sabe. Según Grote, un trabajo de cerebración inconsciente. Binz lo considera como fenómeno patológico, cuya causa es una perturbación de la actividad psíquica. Mandsley supone la existencia de una analogía entre las perturbaciones mentales y el sueño. Spitta compáralo con el sonambulismo, y afirma que mientras dura se tiene conciencia, pero no de sí. Radestock, uno de los que más han escrito sobre esto, opina que el sueño es una continuación de las actividades del alma mientras se duerme.

Patólogos eminentes, fisiólogos de gran autoridad, psicólogos de primera fuerza, se han ocupado de tan ardua cuestión, siendo lo peor del caso que la diversidad de pareceres no ha permitido una solución definitiva, imponiéndose como indiscutible.

El ilustre astrónomo y profundo pensador Camilo Flammarion ha estudiado el asunto, fijándose únicamente en la *fuerza psíquica,* por suponer que ésta era el eje alrededor del cual giraba *el mundo de los sueños.* En su obra, bajo el título de lo que antecede en letra bastardilla, ha ejercido de juez instructor, formando un proceso y aportando al mismo documentos de inestimable valor. Se limita á probar hechos, prescindiendo de calificaciones; y la transmisión del pensamiento, adivinación

del porvenir y los sueños premonitorios son estudiados sin comentario alguno.

¡Qué misterios encierra el sueño! Mientras estamos despiertos creemos razonar y comprender, y nada anómalo percibimos; pero al soñar, las más disparatadas combinaciones se presentan. Otras veces se cambian los términos, y soñando nos sentimos más clarividentes, siendo muy probable que el sér humano obre como loco despierto, y soñando piense cuerdamente.

Dice Rodestock: «Por gradaciones numerosas, pero continuas é indivisibles, la conciencia despierta pasa á la conciencia dormida y á la de los sueños. Entre la salud y la enfermedad del alma no existe un límite señalado, pero sí una gran esfera intermedia de perturbaciones y desórdenes. No es posible asegurar dónde termina la razón y dónde empieza el desvarío».

Kant dijo que la locura es un sueño despierto; pero yo tengo la humildísima opinión de no aceptar este dicho como regla general; en el sentido de que un loco obra como si estuviera soñando disparates, me conformo; mas esto no quiere decir que todos los sueños sean disparatados.

Y terminada esta pequeña preparación, á fin de comprender mejor lo que sigue, voy á lo de mi sueño.

Hallándome veraneando (hará de esto dos años) en una pequeña aldea, tuve ocasión de conocer á un pobre idiota, del cual, y para abreviar, diré que pertenecía al tipo más ínfimo de estos desgraciados séres. Apenas emitía algunos sonidos guturales y su aspecto más era de bestia que de hombre. Mi perro de caza antojábaseme inteligentísimo á su lado. Lo frecuentemente que veía á aquel desgraciado fué sin duda el origen de mi sueño.

Soñé que me hallaba en una habitación, y en ella dos camas, durmiendo en una el idiota, mientras yo, acostado en la otra, fumaba, meditando acerca de las primeras páginas de *Mi viaje alrededor del mundo,* de Darwin. Cuando ya me disponía á dormir, mi compañero se echó fuera de la cama, se vistió apresuradamente, y cogiendo una silla vino á sentarse cerca de mí. En sus ojos brillaba la inteligencia; una sonrisa dulce y melancólica vagando en sus labios, al iluminar el semblante, parecía envolverlo en un resplandor de suavidad infinita. Me habló de este modo:

—Sé que me compadeces porque vives en el error de creer

que soy un sér desprovisto de inteligencia. No te imagines tal cosa. Yo duermo despierto y sueño disparates; pero cuando duermo naturalmente, sueño con la inteligencia del que más la posea. En el estado de vigilia, mi entendimiento no puede desarrollar pensamientos que se exterioricen, pues me encuentro en la situación del que lleva puesta una camisa de fuerza y es impotente para mostrar sus energías. ¿No te dice la ciencia que hay sordos y ciegos que oyen y ven mientras duermen? La explicación de este fenómeno es muy sencilla: la ilusión puede existir aun cuando los órganos periféricos no se pongan en movimiento por las influencias del sistema central. En la vida y en los organismos todo se resuelve por efectos de contraste; sin lo positivo y lo negativo no se concibe la creación. ¿Estás despierto y piensas razonablemente?, pues ya dormirás y soñarás extravagancias. ¿Eres demente, loco ó imbécil, lo cual equivale á soñar despierto?, pues ya soñarás razonablemente, durmiendo. Según tus mayores locuras despierto, serás más ó menos cuerdo dormido. Todo se compensa, y así se forman los clichés y las positivas en el laboratorio psíquico.....

En este momento me desperté. Sobre la mesa de noche estaba el libro de Darwin, y en mi pensamiento el sueño con todos sus detalles. Procuré, por medio de una fuerte sugestión, fijarlo bien en la memoria, y ciertamente lo conseguí, tanto, que ese sueño me inspiró este pequeño trabajo.

Se me dirá, después de todo, que pude haber sido protagonista de un caso de multiplicación de la personalidad, atribuyendo á otro mis ideas. Acaso, y siendo para algunos los sueños reminiscencias de lo pasado, hubo un desdoblamiento de algo que potencialmente existía en mi conciencia. Ello es que, á partir de aquella fecha, mis aficiones tomaron nuevo rumbo, y poco después, y por razones que no es pertinente explicar en esta ocasión, fuí iniciado en la Teosofía.

Estoy persuadido de que la patología y la psicología del idiota presentan enormes lagunas, sin duda porque la ciencia no quiere, en su orgullo, volver sobre las conclusiones hechas, y los psicólogos no han logrado descifrar el misterio.

Mi sueño, relacionado con observaciones posteriores, me ha sugerido nuevas ideas, y voy ahora, para terminar, á desenvolver brevemente este punto dentro de la esfera de acción de la teosofía, y á presentar á mis lectores el problema resuelto, es

decir, resuelto á mi modo. Si hay error, otros con más autoridad podrán rectificarlo ó ampliar mi teoría si es aceptable; pero yo respondo á la sugestión que me domina y quiero dejar correr mis pensamientos, que después de todo obedecen á algo intuitivo. Si esto fuera escrito para un público sin preparación alguna ni conocimientos de ocultismo, lo menos que de mí se diría fuera que estaba loco de remate; pero yo me dirijo á quienes han de comprenderme, y si estoy equivocado no dejarán de hacer justicia á mis razonamientos, pues no son monstruosos engendros de una mente extraviada, sino productos naturales de un pobre aprendiz de aprendiz de Teosofía que apenas deletrea el A B C.

Indica la Teosofía que en los casos de séres que viven hasta cierta edad de la niñez, cuando se presentan otros del dominio de la teratología, cuya existencia también es fugaz, á los cuales no se puede llamar humanos sino atendiendo á su procedencia, y cuando nos hallamos en presencia de un idiota, suponemos que hubo una interrupción en los designios de la naturaleza.

Al verificarse la desencarnación, la materia se disgrega y vuelve á su laboratorio; pero la mónada humana, en su verdadero sentido, Atma-Budhi-Manas, lleva á cabo una segunda prueba y evoluciona para la creación de un nuevo sér. Tratándose de un niño, ó de alguno de esos fenómenos teratológicos, en las condiciones antes indicadas, no me ofrece el caso dificultad alguna, pues aquí la conciencia no se ha desarrollado, y, por consiguiente, la interrupción aparece justificada, y de ahí que también lo esté la nueva prueba para rectificar el error anterior; pero respecto al idiota, las cosas suceden de diferente manera.

Distingamos. He de considerar si el idiotismo es congénito ó adquirido, y aun cuando en el fondo del asunto los efectos son parecidos, conviene señalar esta diferencia; y aquí vuelvo á recordar, pues interesa tenerlo muy presente, que el idiota posee inteligencia y piensa, pero no puede expresar sus pensamientos, y añado que no los pueda expresar *en el plano de observación en que aparece ante nosotros.*

Supongamos ahora que en un caso de idiotismo de nacimiento no se llega á la desencarnación hasta la edad de sesenta ó más años. ¿Hemos de suponer que en el Espíritu Universal,

cuya es la obra portentosa del cosmos, pueda existir el designio de crear séres humanos que viven una larga vida miserable y abyecta sin un objeto determinado.....? En el niño que nace y vive sin conciencia un lapso de tiempo breve, se ve claro el error, no puede haber experiencia; pero en el idiota no sucede lo mismo; allí obra la casualidad, aquí el karma. Ahora bien; si nos imaginamos un sér inteligente, pero que no pueda manifestar esta inteligencia, aunque se dé cuenta de lo que á su alrededor suceda, ¿no sería esto una crueldad inaudita por parte del Creador? Desde luego lo fuera si á todas las horas y minutos de su existencia el idiota se hallara en esas condiciones; pero no si suponemos que sólo en determinados momentos viera iluminada su conciencia, haciéndose cargo de su situación; ráfagas rapidísimas de clarividencia alternando con largos períodos, semejantes á lo que se experimenta en un sueño anómalo y disparatado.

Yo creo, una vez admitido que en el idiota hay inteligencia y pensamientos que no pueden exteriorizarse, que es la única manera de concebir su psiquis, compatible con la concepción profundamente grande y amorosa de aquel de donde todo procede, al cual irá todo y del cual volverá á surgir todo por series infinitas de evoluciones, siempre en sentido progresivo.

Cuando la idiotez es producto de una enfermedad ó lesión adquirida durante la existencia, el karma aparece en otra forma y da lugar á suponer una experiencia necesaria con anterioridad al caso patológico. Si éste se presenta antes del desarrollo de la conciencia, ó sea en una edad menor de los siete años, vendrá á constituir un incidente que colocará al sér en situación idéntica á si hubiera nacido desde luego con ese karma.

Queda todavía una duda por resolver y es la siguiente: si admitimos que el idiota tiene sólo ligeros vislumbres de su situación, y su existencia es á modo de un continuado sueño, ¿cómo entonces puede crearse los cimientos de una nueva personalidad en otra existencia.....?

El sér humano labra su porvenir conforme á sus obras y pensamientos; luego una criatura que no hiciera otra cosa que soñar incoherencias, ¿podría prepararse para otra encarnación?

Contestaré á la pregunta que antecede retrotrayéndome al sueño ya mencionado.

Si el idiota existe despierto en un plano donde todo es con-

fusión, durmiendo sueña, y al soñar tal vez alcanza otro plano; en él se da cuenta de todo sin que su espíritu padezca y allí se prepara para futuras experiencias, pues aun cuando sea aparentemente un sér organizado, desde el punto de vista de la psiquis, de modo distinto al de la generalidad, no por eso deja de tener los mismos principios, y hemos de admitir que para él también existirá la compensación, ley común á todos los séres y á todas las manifestaciones del universo. Suponer lo contrario fuera injusto. El error se concibe, aun tratándose de lo más elevado, porque por el error se va al progreso aprovechando las lecciones resultantes, pero la aberración es inconcebible en un Creador Supremo.

Yo no sé si esto será un delirio de mi fantasía, producto de un sueño que llevó la obsesión á mis sentidos.

Que cuesta trabajo, mejor dicho, que no pueden concebirse algunas cosas.....; pero se cree en ellas, pues la razón demuestra que existen y algunas veces el cálculo también.

Yo estoy obligado, por ejemplo, á creer, y la ciencia también lo cree y lo demuestra, que la sensación del color violeta fuerte es el resultado de 756 trillones de vibraciones en un segundo. Esto se dice más fácilmente que se concibe, sobre todo sabiendo la representación de un segundo en el tiempo, y lo que en el concepto de cantidad significa toda esa trillonada de movimientos.

Y doy fin á estos ligeros apuntes, que sólo vienen á ser un á modo de mal trazado boceto, pues no me considero con fuerzas suficientes para escribir un volumen, y tampoco mis escasos conocimientos é intuiciones me lo permiten por otra parte.

El caso del idiota, por ser uno de los más interesantes y misteriosos de los que existen en la creación, siempre me interesó, y en este momento se me ocurre terminar con estas palabras, siempre repetidas en horas de profundas meditaciones: ¡Quién sabe lo que piensan y cómo piensan aquellos que creemos que no piensan.....!

Jacobo SAN MARTÍN LOZANO

SWEDENBORG

(CONTINUACIÓN)

La gravitación, según la explicó Newton, es hermosa; pero aún es más hermosa cuando hallamos que la química es sólo una extensión de esta ley, y que la teoría atómica demuestra cómo la acción química es también mecánica. La metafísica nos muestra una manera de gravitación que se opera en los fenómenos mentales, y la terrible estadística de Francia cuenta exactamente todos los átomos de ingenio y de humor. Si un hombre, en cada 20.000 ó 30.000, come borceguíes, ó se casa con su madrastra, es seguro que en otros 20.000 ó 30.000 se hallará otro que haga lo mismo. Lo que nosotros llamamos gravitación, creyendo que nada hay más allá, no es más que un arroyuelo de la poderosa corriente á que todavía no hemos dado nombre. Excelente cosa es la astronomía; mas para que tenga completo su valor ha de venir á nuestra vida y no quedarse allá en los cielos y en los espacios. El glóbulo de sangre gira alrededor de su eje en las venas del hombre lo mismo que el planeta en los cielos, y los círculos de la inteligencia reflejan los de las esferas celestes. Toda ley de la naturaleza tiene la misma universalidad: el comer, el dormir ó invernar, la rotación, la generación, la metamorfosis, el movimiento vortical, lo mismo se ve en los huevos que en los planetas. En estos grandes ritmos y retornos de la naturaleza, sustancialmente idénticos debajo de divinas formas, se deleitaba el ojo profético de Swedenborg, y en esta revolución cósmica bien puede ser tenido por caudillo aquel que dando á la ciencia una idea dió á la experiencia acumulada un guía, una forma y un corazón que late.

Veo con cierto sentimiento que sus obras impresas llegan á cincuenta gruesos octavos, cuya mitad comprende obras científicas, y ahora resulta que hay todavía muchos manuscritos inéditos en la Biblioteca de Stokolmo. Las obras científicas acaban de ser trasladadas al inglés en una excelente edición.

Swedenborg imprimió estas obras científicas en la década de

1734 á 1744, y de entonces acá han permanecido despreciadas. Pero ahora, después de cien años, ha hallado aquel sabio un digno discípulo en Mr. Wilkilson, de Londres, filósofo crítico de una inteligencia comparable á la de lord Bacon, y que ha desenterrado los libros del maestro y los ha trasladado con ventajas del olvidado latín al inglés que corre por el mundo. Esta osada reaparición de Swedenborg en su discípulo después de cien años no es el hecho menos notable de su historia. Con ayuda de la munificencia de Mr. Clissold se ha hecho por fin justicia. Los admirables discursos preliminares con que ha enriquecido Mr. Wilkinson estos volúmenes dejan atrás á los actuales filósofos de Inglaterra y no me permiten decir nada acerca de los asuntos que trata.

El *Reino animal* es un libro de maravilloso mérito. Fué escrito con el elevado fin de unir á la ciencia y al alma, por largo tiempo reñidas. Es una anatomía poética del cuerpo humano. Una materia tan áspera y repulsiva es tratada con la mayor brillantez. Swedenborg vió á la Naturaleza «ensortijada en una perpetua espiral, cuyos círculos nunca se obscurecen y cuyos ejes nunca se rompen», y algunas veces trata de «descubrir estos secretos retiros, donde la Naturaleza está sentada al fuego en las profundidades de su laboratorio», y tan valientes pinceladas se fundan en una exacta anatomía práctica. Es de notar que este sublime genio se decide por el método analítico y no por el sintético, y que en una obra que es una osada síntesis poética pugna por confinarse en la rígida experiencia.

Debía conocer la respuesta de Amasis, á quien le mandaba beber el agua del mar: «Con mucho gusto, si detienes los ríos que á él afluyen.» Pocos supieron tanto como él acerca de la Naturaleza y de sus caminos. Pensamiento suyo es que tanta fe nos exige la Naturaleza como los milagros. «Observó que al proceder ésta de los primeros principios á sus varias subordinaciones no había ningún estado por donde ella no pasara, ni cosa donde no pusiera su camino.» «Porque cuantas veces aparece en la superficie de los fenómenos visibles, al instante desaparece, sin que se sepa qué ha sido de ella ni á dónde ha ido, y de ahí que sea necesario tomar á la ciencia como guía para seguir sus pasos.» Haciendo sus investigaciones á la luz del fin último ó suprema causa, se anima su estilo y se personaliza. Este libro explana sus dogmas favoritos. La antigua doctrina de Hipócra-

tes, de que el cerebro es una glándula, y la de Leucippo, que el átomo es dado á conocer por la masa, ó, según dice Platón, el macrocosmo por el microcosmo, ó como canta Lucrecio,

Cada hueso está formado por muchos huesecillos; cada víscera por otras más pequeñas; la sangre está compuesta por gotas pequeñísimas de sangre; el oro está hecho de partículas de oro; la tierra de porciones muy pequeñas de tierra; el fuego del fuego, y así todas las cosas del mismo modo. (*De rerum natura*, I, 835.)

que es lo que Malpighi resumía en su máxima de que «la naturaleza existe entera en lo pequeño», es el pensamiento favorito de Swedenborg. «Es una constante ley del cuerpo orgánico que las formas grandes, compuestas y visibles existen y subsisten por las pequeñas, simples é invisibles, las cuales obran de la misma manera que aquéllas, pero más perfecta y universalmente, hasta el punto de que envuelven una idea representativa de todo el universo. Así, las unidades de cada órgano son muchos pequeños órganos homogéneos á su compuesto; las unidades de la lengua son pequeñas lenguas, las del estómago pequeños estómagos, las del corazón pequeños corazones. Esta idea fecunda da la clave de todo secreto. Lo que es demasiado pequeño para que el ojo lo descubra se nos muestra en el compuesto; lo que es demasiado grande se nos muestra en las unidades. Las aplicaciones de este pensamiento son infinitas. «El hambre es un pequeño agregado de muchas pequeñas hambres ó pérdidas de sangre en los capilares de todo el cuerpo.» También está aquí la clave de la teología. «El hombre es una especie de pequeño cielo. Cada idea y cada afección es una imagen del hombre. El espíritu puede ser dado á conocer por un simple pensamiento. Dios es el hombre grande».

(Se concluirá.)

R. V. EMERSON

NOTA BIBLIOGRÁFICA

A fin de tener al corriente á nuestros lectores de las obras que van apareciendo, adelantamos esta «Nota Bibliográfica».

En el pasado mes de Septiembre, ha entrado en prensa la obra de A. Besant, *Hacia el Templo*. (En Inglés, *En el Recinto Externo)*.

Está muy adelantada la impresión de la muy interesante y valiosa obra de Bulwer Lyttón *Zanoni*, la cual creemos será estimada en lo mucho que vale.

Casi terminada la traducción de la muy útil y necesaria obra del Dr. Th. Pascal *Les Lois de la Destinie* (Las Leyes del Destino), llevada á cabo por el incansable y entusiasta hermano que en su excesiva modestia oculta su nombre con las iniciales J. S. P., tenemos el gusto de comunicar á nuestros lectores que en el presente mes entrará en prensa.

Origen y naturaleza de las cosas, será el título de una nueva é importante obra original del incansable amigo y hermano D. José Granés, que entrará en prensa dentro de breves días.

A. Besant, *El poder del pensamiento, su dominio y cultura.* Habiendo sido agotada la primera edición española, está ya en prensa la segunda.

Después de cumplir un año que el importantísimo libro de M. Collins *Luz en el Sendero* fué agotado, tenemos el gusto de notificar que se está procediendo á la impresión de su tercera edición. Su precio será 2 pesetas en rústica y 3 en tela.

Ha quedado por breve tiempo interrumpida la impresión de *El Catecismo Buddhista* á causa de que su autor, el Coronel H. S. Olcott, debe enviar unas ampliaciones que serán incluídas en el texto.

Comunicaremos el curso que siga esta obra.

Memoria de los nacimientos pasados. Acaba de publicarse y se ha puesto á la venta al precio de 1 peseta en la Biblioteca Orientalista.

En Junio último ha comenzado á publicarse en la Habana un boletín titulado *Revista Teosófica,* que á semejanza del *The Vahan*, de Londres, y el *Bulletin Théosophique,* de París, es el órgano de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica. Acompañan á cada número de la *Revista Teosófica* ocho páginas de texto pertenecientes á un libro que sucesivamente publicará dicha Sección, y que esta vez ha correspondido á la conocidísima obra *El Mundo Oculto,* de A. P. Sinnett, vertida del francés al castellano por un miembro de la Sociedad Teosófica que oculta su nombre bajo el seudónimo de *Rhayra.*

Aplaudimos la labor de los miembros que forman la Sección Cubana, deseando ver constantemente el boletín lleno de noticias reflejando su actividad y de trabajos originales producto de su constante estudio.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.